PRÓLOGO

AL LIBRO SEGUNDO

N ESTA SAZÓN DE TIEMPOS y casos, en ellos sucedidos, me ha parecido dejar el proceso de esta historia indiana en el primer libro pasado, por comenzar en este segundo la de los mexicanos, los cuales llegaron a la tierra en tiempo del imperio del rey Tlaltecaltzin de Tetzcuco, donde aunque postreros en tiempo, fueron después primeros en el señorío y supremos en lo común del mando. Porque como dice Christo, señor nuestro (aunque a diferente propósito): los primeros son postreros, y los postreros primeros. Porque como las cosas de la vida sean arcaduces vueltas, inconstantes, nunca cesan de subir unos y bajar otros, sucede que los que hoy son, mañana no sean; y los que ayer mandaban hoy sean mandados; y que los siervos sean señores y los señores siervos. Como le sucedió a Jeroboán[1] en el reino de Israel, con el rey Roboán, hijo de Salomón, que juntándosele las diez tribus de Israel, se hizo señor de ellos, dejando de reconocer por el señor al que lo era. Véase también en el gran Pompeyo, emperador romano, cuya ventura le ganó Julio César; y no sólo le quitó el señorío y majestad con que triunfaba, sino también la vida y se hizo señor de la monarquía del mundo, que entonces gozaba el romano imperio. Porque como dice Séneca:[2] Lo que sublima y levanta la fortuna no es para sustentarlo y conservarlo en un mismo ser y firmeza, sino para dar con ello luego una gran caída. Y como dice Aristóteles:[3] Cuanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura. De manera que estos últimos indios, postreros en tiempo, fueron después primeros en el mando, al cual llegaron por valor que para ello tuvieron, ayudados de su falso dios, Huitzilopuchtli, que (por permisión divina) parece que en todo los favorecía, como a cultores particulares suyos (como luego veremos), y así se comenzará a tratar de ellos, desde la salida que hicieron de aquellas sus fingidas Siete Cuevas, contando sus paradas y mansiones por el orden que las hicieron; y dejando de decir algunas cosas que otros dicen, acerca de esto, o porque ellos las dijeron o porque no me parecen tan auténticas y verdaderas como las escriben; porque no debemos cansar los ánimos de los que las leen, con la repetición de cosas que si ya no son de todo punto

[1] 3. Reg. 6.
[2] Senec. Trag. 8.
[3] Arist. Ethi. lib. 8.

falsas, al menos son dudosas e inciertas; y afirmar cuentos por verdades, ni le está bien al historiador, ni menos hacen al propósito de la historia; porque su primera ley es que no se diga ninguna cosa falsa en ella.

Ya tengo dicho en muchas partes de estos libros cómo los que han escrito el origen de estas gentes no se han curado de más que dar noticia de cómo estos últimos mexicanos vinieron; y porque los unos autores toman de los otros, por eso dicen todos una misma cosa y no hacen mención de otras gentes que antes haya habido; siendo así, que si cuando ellos llegaron había ya gentes y estaba poblado todo (y por esto les fue forzoso tomar el sitio que pudieron) que aquellas otras gentes que acá hallaron, fueron primeros; y que siéndolo se debe comenzar la historia de ellos, lo cual hago yo, habiendo buscado su origen en libros que los naturales tenían guardados y escondidos, por el gran miedo que a los principios de su conversión cobraron a los ministros evangélicos; porque como eran de figuras (y mal pintadas) entendían que eran idolátricos y los quemaban todos y por redimir algo de ellos, no los manifestaban y en éstos he visto lo que en el pasado se ha dicho y lo que en este que se sigue se dirá; en el cual se va siguiendo la monarquía indiana, en las gentes aculhuas, chichimecas y tepanecas, que por traición y tiranía se introdujeron en ella; no siendo cosa nueva en el mundo, inventada por la ambición y codicia de mandar y tener más señoríos que otros; con el cual intento se han hecho guerra y se han muerto unos a otros olvidando el amor natural que debían tenerse, por solo el interés de poseer lo que los otros antes poseían. Esto encarece Juvenal, en una de sus sátiras,[4] diciendo: Las mezclas de desconciertos que hacen la ambición y codicia, no hay quien pueda decirlo, porque la vida del hombre va regida y guiada de un huracán, deshecho de ambición. Y prosigue luego: ¡Oh frágil y dañosa soberbia del reino! ¡Oh furor! ¡Oh ciego deseo de señorear más que otro! ¿Dónde vas, ciego deseo? ¿Tan hinchado de soberbia, metido en el golfo riguroso de tantos y tan varios peligros? ¿Cuántas acechanzas y traiciones te van siguiendo? ¿Cuántas muertes traes arrastrando? ¿Cuántas caídas de hombres poderosos tienes a tu cuenta? ¿Qué de pendencias? ¿Qué de espadas y cuchillos, si bien lo consideras, tienes a los ojos que te están amenazando? Y concluye diciendo: ¡Ay, ay dulce veneno de mandar y honra incierta y sin ninguna seguridad; y es así, porque cuando se ha conseguido un señorío, está otro trazando cómo podrá quitárselo! Esto hacían estos indios (como todos los demás del mundo), que no contentándose con los que tenían, se hacían guerra para quitarlos a sus vecinos y a otros que no lo fuesen, según que tenían las fuerzas y el poder. Por esto veremos en este libro segundo, cómo según el otro poeta, cuanto crecían las riquezas en ellos, tanto más crecía el amor de tener más de ellas; y llegando las cosas a tener fin en unos, comenzaban en otros, de los cuales fueron los últimos que las poseyeron los mexicanos, juntamente con los aculhuas; cuyos reinos fueron iguales en el señorío y mandos; los cuales poseyeron esta monarquía, acom-

[4] Iub. Sat. 14.

pañados de los tlacupanecas, como se verá en este libro, hasta que llegaron los españoles a quitársela, como más poderosos en armas, fuerzas y valentía, pudiendo decir de ella, lo que el profeta: ya cayó, ya cayó Babilonia, aquella ciudad grande de confusión.

[3] Isai. 21.